Con mucho tacto

Manual para hacer el amor

Carlos Chávez Toro

Arteidea Grupo Editorial

Con mucho tacto
Carlos Chávez Toro

Carlos Chávez Toro

Con mucho tacto

Grupo Editorial Arteidea

Con mucho tacto
Manual para hacer el amor
2da. edición. Lima, Perú. 2009

© Carlos Chávez Toro
chaveztoro@hotmail.com

© Arteidea editores
Moquegua 416-5, Lima
Telfs. 4261727-4267268
jlroncal@yahoo.com

Diseño de portada: @CCESOPERU
Diseñadores de negocios en internet
http://accesoperu.com
Telf. 2422830 - 2423833

Hecho el Depósito Legal en la
Biblioteca Nacional del Perú Nº 2009-01968

A Bárbara
al tiempo feliz en que
siendo verbo se hará carne
y habitará entre nosotros.

Entre el erotismo y la estupidez
Foreplay
(A modo de prólogo)

Escribe Armando Robles Godoy

Siempre que leo un texto relacionado con la sexualidad o el erotismo, que son dos cosas relacionadas pero completamente distintas, le busco automáticamente las pulgas al piojo. Casi siempre se las encuentro; y a veces en tal cantidad que el piojo se pierde de vista cubierto por un manto repulsivo de ignorancias, lugares comunes, prejuicios, moralina hipócrita (valga la redundancia), terrores, dogmas y, sobe todo, estupidez soberana.

Al recibir la invitación de Carlos Chávez Toro para participar en el preámbulo de esta fiesta deliciosa que es su libro, me puse, como es natural, a buscar las infaltables pulgas; y de pronto me encontré con que había terminando la primera lectura… y ni una vez tuve que rascarme.

No conocía a Carlos (ahora mismo sólo lo conozco a través de dos breves conversaciones telefónicas), pero ya lo considero mi prójimo en el terreno de la comprensión del erotismo; de lo que se puede deducir que también lo considero mi prójimo en el terreno de la práctica erótica, ya que es imposible alcanzar un nivel de comprensión, sin un desvergonzado, jubiloso,

insaciable, imaginativo, poético y robusto ejercicio de la sexualidad al servicio exclusivo del placer.

En términos muy amplios, la vida tiene dos caras: placer y dolor. El uno no puede existir sin el otro, y viceversa. A veces pienso que son la misma cosa, y que en realidad la vida tiene una sola cara, terrible y maravillosa. Y en este caso el erotismo y el arte son dos mani-festaciones de esa síntesis vital.

En la dimensión de simples mortales que aspiramos a echar abajo a los dioses (a todos), descubrimos que el placer más intenso, profundo e inagotable que está a nuestro alcance, es el placer erótico; pero también descubrimos que el terror más espantoso que nos jode la vida es el terror al placer erótico.

Como es natural, la característica que predomina estadísticamente en la especie humana es la estupidez, y debido a ello es abrumadoramente mayoritario el número de dignos ciudadanos que se oponen tozudamente al placer por el placer mismo, como si éste fuera un mal necesario que acompaña, por desgracia y en distintas magnitudes de inconveniencia, a fenómenos humanos de la más alta «categoría», como por ejemplo la reproducción, o el amor.

De ahí el terror generalizado a la sexualidad en general, como fuente de este placer que no hace adivinar que somos algo más que animales, y que cuando tiramos, la inmensa mayoría de las veces no lo estamos haciendo para reproducirnos, como los animales, o por amor, como lo dioses, sino para disfrutar del simple y sublime gozo de una experiencia

humana y artificial, incompresible para los animales y para los dioses. Y para los idiotas.

Artificial viene del arte, y es todo aquello que resulta de la creatividad del ser humano, incluyendo lo que éste hace con la naturaleza. En este caso llamo erotismo al arte de la sexualidad, lo que significa que el fenómeno sexual humano tiene en términos muy generales, dos dimensiones: la natural, que se relaciona esencialmente con la reproducción, y la artística, que se relaciona esencialmente con el placer. Pero, entendámonos, no placer como esa sacudida orgásmica inconsciente e involuntaria que acompaña incompresi-blemente al sexo, sino placer en su sentido más elevado de vivencia incomparable, que proviene de la profundidad más rica, positiva y hermosa que duerme en la humanidad de hombres, mujeres y niños, y que se despierta gracias a ese otro misterio que se llama creatividad o artificialeza.

El erotismo es, por lo tanto, un arte. Y no todo ser humano es artista, aunque, en el campo de la sexualidad, todo ser humano puede serlo. ¿Y por qué no los son todos entonces? Las razones son numerosas, variadas y variables, y van desde la ignorancia hasta los dogma-tismos impuestos, desde el temor hasta el terror, desde el fanatismo hasta la patología, y desde la estupidez hasta la imbecilidad.

Desde luego que todo ser humano tiene el perfecto derecho de no ser un artista erótico, ya sea por las razones expuestas en el párrafo anterior, o por otras que provienen de metas evolutivas o sobrenaturales. Las comprendo y las respeto. Pero lo que no comprendo, respeto

ni acato, es el afán, muchas veces activo, de quienes no se interesan en el erotismo y pretenden imponer su actitud y su modo de vida sobre los demás. Esto es, simple y llanamente, intolerancia, que casi siempre va acompañada de un fanatismo autoritario y despótico, que, cuando las circunstancias lo han hecho posible, desemboca en inquisiciones y otros crímenes.

En concordancia con esto último, Carlos Chávez Toro habría sido quemado en la hoguera gracias a su exquisito, erudito y alegre libro hace apenas un par de siglos, por lo que me felicito, y lo felicito, por no haber nacido en las vecindades de Galileo, Bruno o Copérnico.

La obra de Carlos, y resisto la tentación de llamarla obrita por cariño y agradecimiento, y no debido a su poca importancia, puede leerse cómodamente en una hora; y es una suerte, porque permite sucesivas lecturas, totales o parciales, en cualquier momento y en cualquier rincón, como furtivas y gozosas pajitas.

La vida sexual de la humanidad es bastante miserable, debido, en buena parte, a la falta de voluntad o de capacidad de esa misma humanidad para acceder al nivel noble del erotismo; este libro de Carlos Chávez Toro constituye un excelente manual para iniciar, metódicamente, la búsqueda fascinante de ese jardín de maravillas y placeres.

Es, resumiendo, un recetario breve y completo, documentado sin ser fastidiosamente erudito, excitante y ajeno por completo a la pornografía, alegremente serio y risueñamente profundo, afrodisíaco de la imaginación, creativa, antídoto eficaz de la castidad, vacuna contra la virginidad

y la continencia, preservativo de la moralina y ardiente defensor de las virtudes del pescado, sin sus fastidiosas e inútiles penitencias.

Una oración para todas las noches.

Lima, enero de 1995

Una explicación para este libro

Hacer el amor es uno de los actos más sagrados que existen. Uno de los más universales también.Sin embargo, en los medios de comunicación serios, se escribe poquísimo sobre este acontecimiento o se trata, exclusiva y fríamente, sobre los aspectos biológicos del mismo.

Un día, contando con el valioso apoyo de mi editora en el diario de La República*, Maritza Espinoza —respaldo, además, imprescindible, porque de otra forma no hubiera tenido donde publicar—, empecé a escribir, firmando con mi propio nombre, una columna llamada «Punto G», cuya única temática era el goce de la sexualidad.*

Sabíamos que nos arriesgábamos a la incomprensión, la censura o la burla, pero también eso nos resultaba un aliciente… un reto a superar.

Creo que salimos victoriosos. Durante los diez meses que duró esta aventura, los lectores no nos enviaron ni una sola carta de reprobación y, por el contrario, tuve el placer de conocer a muchas personas que me aseguraron, ente turbadas y agradecidas —disculpen la inmodestia— que, junto con sus parejas, leían la columna y hasta que la coleccionaban.

Adicionalmente, tuve la emocionante experiencia de que el Instituto Peruano de Paternidad Responsable (INPPARES) —una institución a la que desde adolescente he respetado mucho por su dedicada labor—, en una ceremonia muy cálida, me concediera un diploma en reconocimiento por lo que escribía en la columna «Punto G».

Por esta razón, y por sugerencia de buenos amigos, decidí juntar todo este material, ordenarlo y publicar

el libro que ahora usted tiene entre sus manos.

Buena parte de los textos que aparecen a continuación fueron publicados en el Suplemento VSD del diario La República, entre febrero y noviembre de 1994, en la columna «Punto G». He tratado de que se conserven tal como fueron publicados y sólo algunos, muy pocos, han sido adaptados a la estructura general del texto y han cambiado de título.

Siempre oí que publicar un libro era igual que tener un hijo. Es cierto. Se lo engendra con placer (en noches tibias y apasionadas), pero parirlo es complicado y tenso. Sin embargo, creo que ha valido la pena el esfuerzo.

Pues, aquí lo tiene, espero que usted y su pareja disfruten de la lectura de este libro. Ha sido escrito por alguien que realmente cree que hacer el amor es uno de esos actos de la vida a los que hay que entregarse en cuerpo y alma, con gozosa persistencia y mucha creatividad.

Ojala los datos que he podido acopilar y mis propias reflexiones le sean útiles.

Carlos Chávez Toro

CAPITULO I

Manual para hacer el amor

10 lecciones básicas

«Ningún arte puede aprenderse de golpe.
Y la técnica amorosa es un arte
sublime que exige la práctica si se
quiere que sea verdadero y significativo».

Charlie Chaplin

Lección uno

Una aclaración importantísima

Lo siento. No se necesita un manual para hacer el amor.

De todas formas, le agradezco haber comprado este material; con su aporte económico usted ha hecho posible que un escritor pueda desarrollar su sensualidad en lugares más confortables que techos de edificios, ascensores sospechosamente trabados, hoteles malolientes o las caras oscuras de algunos árboles.

Tenga la completa seguridad que ha contribuido a una de las causas más nobles que existen.

Lección dos
(Por si no se convenció y quiere seguir leyendo este libro)
¿Qué es hacer el amor?

Hacer el amor no tiene casi nada que ver con el sexo.

El sexo es un sencillo acto que ejecutan paquidermos, primates y equinos (es decir cerdos, humanos y asnos), entre otros, por el cual el órgano sexual del macho introduce en la cavidad sexual de la hembra un fluido fecundador.

Hacer el amor, en cambio, es una deliciosa demencia voluntaria, a la que se entregan unicornios, pegasos y dragones (es decir enamorados puros, solitarios fugitivos y adúlteros asustados), entre otros, por la cual se realizan expediciones larguísimas a los continentes desconocidos que todos tenemos sobre la piel y debajo de ella.

Hacer el amor es más que recibir o entregar líquidos de consistencia viscosa y sabor agrio. Es lo que lo rodea, lo precede y continúa. Y se empieza mucho antes de entrar a una habitación, muchísimo antes de ocupar una cama.

Se comienza a hacer el amor con la mirada y la voz. Y cuando esto resulta insuficiente se continúa con cada una de las neuronas, con cada nervio, con cada arteria, con el calor de los labios, con la ternura de las yemas de los dedos, con la ansiedad de las uñas, con la humedad cristalina de la punta de la lengua, y finalmente se hace el amor con cada trozo de recuerdo, con cada

sístole del corazón, con cada diástole, con cada frustración y deseo.

Hacer el amor es utilizar el sexo para desintegrarnos por unos momentos y volvernos a reconstruir renovados.

El sexo es un acto de la naturaleza. Necesario para asegurar la continuidad de la especie.

Hacer el amor, en cambio, es una creación de la sensibilidad humana. Sin ninguna finalidad práctica…igual que la música, la poesía y el fútbol.

Lección tres
¿Con quién se debe hacer el amor?

La pregunta es difícil de contestar y la única respuesta que se me ocurre es: se debe hacer el amor con alguien a quien podamos mordisquear los pies sintiéndonos felices.

(Naturalmente, ese alguien debe sentir que puede hacer lo mismo con usted).

Pero si descubre que no podría deslizar lentamente su lengua por la planta del pie de su pareja. Y luego mordisquear delicadamente sus bordes. Y después besar cada uno de sus dedos. Y finalmente succionar alguno con dulzura, entonces usted no debe hacer el amor con esa persona.

Y si resulta que siente que puede hacer esto, pero es demasiado joven o no está casado, ¿también puede hacer el amor?

También...si sus convicciones no se lo impiden.

Nunca es demasiado joven para dar o recibir placer. Hablan de las restricciones de la juventud los decrépitos (de cuerpo o alma) que ya agotaron su capacidad de sentir o que nunca la tuvieron.

Insisten en las restricciones para lo jóvenes, los que sólo conocieron el frugal sexo y que jamás se enfrentaron con su propio yo desencadenado, furioso e insoportablemente bello.

Y, ¿se siente mayor placer cuando se hace el amor después de haber firmado un contrato

matrimonial?

No.

Nada tiene que ver el matrimonio con hacer el amor.

Es el sexo el que está relacionado con el casamiento. Ambos, sexo y casamiento, sirven para garantizar la continuidad y la supervivencia, en el primer caso de la especie y en el segundo de la sociedad.

Hacer el amor es un gesto de libertad.

El sexo no lo es. Tiene que desarrollarse dentro de un marco legal porque conduce a la multiplicación de los seres. A los hijos. Y ellos –es justo- deben nacer protegidos por las leyes y la sociedad.

Por eso, cuando encuentre a alguien que le haga sentir capaz de escapar de todos sus pudores, prejuicios y temores, alguien a quien crea que puede mordisquear los pies sintiendo felicidad, entonces haga el amor.

Lección cuatro
¿Dónde hacer el amor?

Hay muchos que creen que sólo en lugares llenos de comodidad se puede hacer el amor.

Se equivocan.

Existen dos tipos de lugares para hacer el amor.

Primero, aquellos sitios donde la privacidad es total —donde se puede hacer el amor con la misma delicadeza y pausa con que el sol va pintando el cielo en un atardecer de otoño—, y aquellos lugares donde se debe hacer el amor con la espontaneidad y turbulencia del caudal de un río bajando por un cañón.

Ambos ambientes son propicios para entregar el aliento y la fiebre, pero en cada uno, una parte distinta de nuestra naturaleza asoma su rostro.

En los lugares privados la pareja puede entregarse a la exploración de sus propias sensaciones, a la búsqueda –con abundancia de placer- de sus zonas más sensibles, al gozo de encontrar un acto de exaltación y repetirlo, repetirlo, repetirlo… hasta que agote sus posibilidades.

La privacidad permite la maravilla de quedarse quieto(a) largamente, sólo sintiendo como las yemas de los dedos conquistan cada orilla de piel, cada loma, cada lago de aguas tibias.

Pero hay otros lugares, aquellos donde la audacia es el argumento. Donde el placer no sólo surge de las sensaciones de nuestra piel, sino también de la embriaguez de nuestro cerebro.

Se trata de esos sitios donde, en teoría, no se debería hacer el amor: un ascensor intencionalmente detenido entre dos pisos, una butaca en lo profundo de un cine, una orilla solitaria de una playa al caer la noche, un baño en una fiesta o una carpa al lado de un río.

Allí lo importante es la aventura de la entrega. Es donde demostramos lo libre que es nuestro espíritu y el mucho o poco deseo que despierta en nosotros nuestra pareja.

En ambos ambientes se puede hacer el amor.

Sólo tratemos que este acto tan hermoso no se convierta en parte de nuestra ajustada agenda, sino en esos cinco minutos o dos horas de demencia (sorpresiva y apasionada o relajante y tierna, según el lugar) que nos limpien de las oscuras tensiones de la vida.

Lección cinco
Primer toque

Los labios están hechos para transmitir señales y deseos.

Son el primer test que le hacemos al otro —y por el que pasamos— para saber si existe esa chispa mágica que hace que una piel extraña no sea más amada que la nuestra.

El beso nos narra —en apretado resumen— qué tanta pasión es capaz de sentir y puede transmitir su remitente. Qué tanta ternura y cuánta tibieza.

Pero en esto de besar hay lo vulgar y lo sublime.

Hay el beso sin gracia, sin pasión, sin humedad.

Un beso que es una prolongación de la impersonal mano. Que sólo es como un «buenos días» o un «gracias», pero no informa de nada más.

Esos besos son un desperdicio.

No sirven para nada y en el mejor de los casos conducen a un amor gris, que… puede ser bueno como cualquier otro… si es lo que uno está buscando.

Pero hay los otros. Esos que son el preámbulo de la primavera, la antesala del arco iris, el cuarto-creciente de las sensaciones.

Son los besos donde se pone la ternura y el fuego y que surgen cuando se ha encontrado a alguien que comparte nuestras mismas ansiedades y nuestros mismos miedos.

Es el beso que no se da con los labios cerrados, sino en el cual se abre el universo de nuestro calor y las profundidades de nuestra entrega.

Es el beso que nada en fluidos de consistencia dulce.

Que se acompaña con mordiscos y suspiros. Que nos advierte que no se está entregando los labios, sino lo sueños. Y que nos invita a la feliz furia de la entrega.

¿Va a besar hoy? Ya sabe a qué atenerse.

Lección seis
Cuestión de tacto

Acariciar no es lo mismo que manosear. Como brillante no es lo mismo que brilloso.

Hay cierta poesía que distancia a cada uno de estos términos y tratándose de hacer el amor, eso puede ser la diferencia entre el cálido éxito o el más frígido fracaso.

¿Pero cómo y dónde se debe acariciar a la hora de hacer el amor?

Según investigaciones médicas, las mujeres y los hombres son distintos en este terreno.

Las mujeres pueden experimentar impulso sexual en varias partes del cuerpo e inclusive en todo él.

La excitación sexual de la mujer no queda limitada a su clítoris. Y hacen mal quienes –por pereza, olvido o ignorancia– se dirigen directamente a él y después de algunas breves caricias –que en algunos casos están bastantes cercanas al simple manoseo- proceden a la penetración.

En este campo el común de los hombres podría aprender mucho de las lesbianas, quienes, según los sexólogos Master y Johnson (que estudiaron parejas homosexuales, lesbianas y heterosexuales y publicaron el resultado de sus investigaciones en 1979), han hecho de eso todo un arte.

Según ese trabajo, «las lesbianas abrazan, besan y acarician sin prisa todo el cuerpo de su pareja. Lo saborean todo y sólo entonces se dedican a los pechos de la amante, estimulándolos manual

y oralmente».

«Cuando pasan el juego genital —continúa explicando—, primero acarician la parte interna de los muslos, el monte de Venus, los labios y la salida vaginal, antes de acercarse al clítoris».

Por supuesto, los hombres también necesitan el mismo cuidado de parte de sus parejas.

En esto de hacer el amor la clave del éxito es la reciprocidad. Es decir, dar, dar y dar, para recibir, recibir y recibir.

Lección siete
Un poco de fantasía

No hay nada que nos haga admirar más a una persona que descubrirla creativa.

Que encontrar que no es una repetidora de aburridos procedimientos convencionales sino un ser pensante que desarrolla su imaginación y su fantasía.

Por supuesto, cuando estas cualidades son utilizadas sobre nuestro propio ser, el resultado es que terminamos fascinados y felices.

¿Pero qué se puede hacer? ¿Acaso no está ya todo inventado?

Quizá, pero nunca está demás tomarse dos minutos para pensar algo nuevo.

Eso fue lo que hizo Carole Lombrad —actriz de Hollywood—, amante de Clark Gable (que actuó como Rett Butler en «Lo que el viento se llevó»).

A ella le encantaba jugarle bromas a Gable. Por ejemplo, una tarde le dejó en su camerino una curiosa prenda de lana, era un «calienta pene» de punto y estaba envuelto en un paquete de regalo con una nota que decía: «No dejes que se enfríe, tráemela a casa caliente».

Sin duda, Gable debe haber sentido un deseo desesperado de volver inmediatamente a casa.

También en *Cien años de soledad*, de García Márquez encontramos algunos buenos ejemplos de este tipo de fantasía:

«Mientras él amasaba con claras de huevos los pechos eréctiles de Amaranta Ursula, o

suavizaba con manteca de coco sus muslos elásticos y su vientre aduraznado, ella jugaba a la muñecas con la portentosa criatura de Aureliano, y le pintaba ojos de payaso con carmín de labios y bigotes de turco con carboncillo de cejas y le ponía corbatines de organza y sombreritos de papel plateado».

«Una noche ambos se embadurnaron de pies a cabezas con melocotones en almíbar, se lamieron como perros y se amaron como locos en el piso del corredor y fueron despertados por un torrente de hormigas carniceras que se disponían a devorarlos vivos».

Por supuesto, como asegura el buen Chaplin en la cita que abre este capítulo: «Ningún arte puede aprenderse de golpe». Así que tómelo con calma.

Y, si piensa intentar lo de los melocotones, asegúrese de tener un buen hormiguicida a la mano.

Lección ocho
Un placer oral

El comer y el cocinar pueden llegar a ser ejercicios de sensualidad.

Por supuesto, esto no tiene nada que ver con el monótono procedimiento de ingresar a una restaurant y devorar —en un ambiente impersonal y rodeado de desconocidos— algo preparado con el único objetivo de ocupar el espacio vacío en nuestro estómago.

No. Para que sean actos de sensualidad es necesario un ambiente de intimidad y calma, en el que la preocupación sea el dar placer y producir bienestar.

En esos casos, cocinar deja de ser una actividad de mujeres u hombres que huelen a ajos y cebolla aderezada, para convertirse en un ejercicio de creatividad y lujuria.

Porque, ¿qué cosa puede ser más excitante que observar a la persona que deseamos preparando un platillo que además de alimentarnos está concebido para que todos nuestros sentidos (vista, olfato, gusto) gocen?

¿Y qué hay más apasionado que asaltarla a besos en ese instante y acariciarla, mientras con voz débil suplica: ¡para, por favor, para, que se va a quemar el pollo!

Nuestra recordada Cleopatra, reina de Egipto, conocía la carga de sensualidad que puede tener una comida preparada para el goce y consumida de la forma más plácida.

Por esa razón, para conquistar a Marco Antonio

desplegó durante varios días complicados banquetes durante los cuales la música y una buena conversación terminaron por enamorar al romano.

También, el rey Eduardo VII, monarca de Gran Bretaña desde 1901 hasta 1910, era un aficionado a la buena mesa, pero su variante preferida ocurría cuando, muy lleno para poder gozar de los placeres de la cama, se sentaba en una silla para que su amante le practicara la felación. Una deliciosa experiencia.

Sin duda, al cocinar usted puede, dependiendo de su estado de ánimo, trasmitir desde la más dulce ternura, hasta la más elaborada lascivia. La elección es suya.

En todo caso le mencionamos un platillo que puede intentar si tiene la suficiente audacia —se lo sirvieron al rey Eduardo VII—: «Se colocó delante del príncipe una enorme bandeja cubierta. Al retirar la tapadera, descubrió que le habían ofrecido a una hermosa mujer, vestida sólo con una ramita de perejil y un collar de perlas».

Lección nueve
La primera vez

Muchos hombres sienten una peculiar fascinación por las mujeres vírgenes.

Charles Chaplin, por ejemplo, fue un infatigable catador de hímenes sin estrenar.

De las cuatro mujeres con las que se casó, tres eran adolescentes y fueron iniciadas por él en las lides del amor. La primera y la segunda tenían apenas quince años y la tercera sólo diecisiete.

Sin embargo —y quizá usted ya lo sepa por experiencia propia—, esa primera vez no siempre es un lecho de rosas.

Excepto que usted sea un sádico o se sienta bien en el papel de Pedro Picapiedras del sexo, hay una gran cuota de paciencia y delicadeza que se debe pagar para ingresar al reino de la tibieza.

Lo primero, por supuesto, es establecer qué método anticonceptivo se va a usar para evitar complicaciones innecesarias.

Muchos, por cuestiones de lubricación —tan importante siempre que se hace el amor, pero especialmente esa primera vez—, desechan el preservativo y usan pastillas o inyectables.

(Si usted lo hace así asegúrese de no tener SIDA, para no perjudicar a nadie).

Lo segundo, es saber que, ciertamente, el acto sexual puede producir en la mujer un cierto dolor e incluso una ligera hemorragia al distenderse y desagarrarse el himen con la penetración del pene.

Sin embargo, algo puede hacerse para disminuir

la cuota de sufrimiento. Según el Dr., James Bevan (director del libro *El sexo y la salud*): «Los tampones o la masturbación suelen estirar el himen antes del primer coito» evitando de esta manera el dolor del desga-rramiento.

Es decir, si usted desea que todo sea más plácido, «puede estirar fácilmente el himen por su cuenta, dándole frecuentes y leves masajes con un dedo».

Claro, a la hora de la verdad, quizá todos estos consejos sean completamente inútiles porque, como dice Gabriel García Márquez en *El amor en los tiempos del cólera*:

«El amor antes que nada es un talento natural. O se nace sabiendo o no se sabe nunca».

Lección diez
Persistencia y permanencia

Hace años tuve una amiga que sostenía —y llevaba a la práctica— la divertida tesis de que si se le daba plena y apabullante satisfacción sexual a un hombre antes de salir de su casa, éste no buscaría aventuras en otras partes.

Su amante —a quien también conocí en aquella época— estaba extenuado todo el tiempo a causa de esto, pero tenía un aspecto bastante feliz.

Aseguraba ella que no sólo el hecho de tener satisfechas sus fantasías eróticas lo alejaría de otras mujeres sino que, en el caso de que alguna lo atrajera —agregaba riendo— el pobre no tendría fuerzas suficientes con las cuales ser infiel.

Hace poco me encontré con aquel hombre, y, a pesar de que ya no posee el aire juvenil que tenía cuando lo conocí, me sorprendió que mantuviera intacto su aspecto extenuado, pero feliz.

Por supuesto, me sorprendió mucho más el saber que aún no había sido infiel.

Así que recurrí a aquella amiga para tratar de conocer el secreto de la eterna —mejor digamos, larga— fidelidad.

Me repitió aquello que me dijo hace años, pero agregó algo que me pareció muy importante:

«Es cierto, comer siempre lo mismo aburre. Así que la única solución es: cada día disfrazar de una manera distinta el mismo plato y cada vez agregarle un placer nuevo».

Mi curiosidad me llevó a pedirle una lista de placeres que se podían ir agregando y enumeró

(por supuesto con términos más domésticos): posiciones excitantes, felatio, lectura de revista para adultos, sexo anal, ver videos eróticos, usar espejos, hacerlo en la ducha, en el carro, bailando, etc, etc, etc.

Agregó que una mujer que quisiera tener un hombre fiel debería poder hacer lo mismo que hace cualquier buena striptisera o cualquier experta cortesana y que para eso se requería tener, además de un espíritu sensual, un buen estado físico.

Le creo. Sobre todo porque en su caso ha producido el efecto esperado. Pero también creo que existen poquísimas personas que le dedican creatividad y fantasía a su vida erótica.

No saben lo que se pierde.

CAPÍTULO II

Más, más, más…
sobre lo mismo.

¿Cuál sería su ideal de vida?
–le preguntó un periodista
a la pintora mexicana Frida Kahlo.
Ella respondió:
-Hacer el amor, tomar un baño, hacer el amor,
tomar un baño, hacer el amor, tomar un baño….
¿quiere que continúe?

El placer físico

Los que ven intenciones feas en cosas bellas,
están corrompidos…

Oscar Wilde

En Occidente, el placer físico es algo proscrito, se le margina de la sociedad y se le ignora. No es «decente» que un hombre o una mujer muestren interés en aprender y practicar ritos o caricias eróticas. Y está mal visto que se hable de estos temas entre amigos o conocidos.

Subvaluado el ejercicio del placer físico, su práctica se reserva casi exclusivamente a mujeres marginales que lo ejercen sin ninguna vocación y con rudimentarios conocimientos. Más como una labor de supervivencia que como un arte.

Pero, afortunadamente, otras culturas lo han reivindicado y le han dado el lugar que se merece.

Por ejemplo, en Japón las mujeres que ejercen esta actividad son las geishas.

Por supuesto, una geisha japonesa no es lo mismo que una afanosa prostituta del jirón Cailloma. Geisha viene de «Gei», que significa «persona», y «sha» que significa «cultura». Es decir una geisha es una persona de cultura.

Desde los seis años es educada en escuelas especiales para dar compañía y placer, no sólo físico sino también intelectual.

Para comprender plenamente la existencia de las geishas hay que entender que en Japón el matrimonio es, por tradición, concertado y en él difícilmente hay pasión. Entonces, es lógico que el placer físico se busque fuera del matrimonio.

«Un cigarrillo da todo su cuerpo y se hace besar por su dueño hasta convertirse en cenizas. Yo seré tu cigarrillo señor», dice uno de los cantos que las geishas de Japón (Kioto) aprenden en la escuela.

Es cierto, dar placer físico es algo que requiere un cuidadoso entrenamiento, que, desafortunadamente, poquísimos de nosotros recibimos. Pero, no se deje vencer por eso, aún le queda una alternativa: sea autodidacta.

Total, ¿no dicen que nunca es tarde para aprender?

Himen de la discordia

Es raro encontrar una mujer que no defienda –teórica y tozudamente- la virginidad.

A pesar de la modernidad y el liberalismo económico, el himen sigue siendo una de esas cosas («cositas», diríamos, para ser más exactos) sagradas, sobre las que se prefiere no tener opinión para evitar mayores explicaciones.

Sin embargo, por lo menos en nuestro país, las cosas no siempre fueron así. El Padre Cobo, por ejemplo (autor de la crónica titulada: «De las costumbres más generales en que se conforman los indios»), no dice:

«(Los indios) nunca conocieron el resplandor y la hermosura de la virginidad para hacer estima de ella; antes les era muy ofensiva la virginidad en sus mujeres, porque decían que las que estaban doncellas no habían sido de nadie queridas»…

Y «…por librarse de la infamia en que las castas solían incurrir, sólo porque lo eran, ellas fácilmente se dejaban desflorar».

Esta práctica «horrorizó» a los bizarros y católicos castellanos (sin que esto les impidiera usufructuar, jadeante y gozosamente, de tal costumbre).

Un decreto promulgado por el Virrey Toledo consigna el siguiente revelador dato: «Hay costumbre entre los indios, de no casarse sin primero haber… hecho vida maritable y les parece que si el marido no conoce primero a la mujer… después de casados no pueden tener paz, contento y amistad entre sí».

Sin duda, la virginidad era una cosa bastante venida a menos entre los antiguos peruanos. Y el Servinacuy (la convivencia antes del matri-monio), fue su expresión social más importante.

No se trata de que los habitantes del Tawantinsuyo fueran dados al libertinaje sexual, de ninguna manera; sino que habían comprendido que el conocimiento práctico, no sólo en el terreno sexual (hablamos también de los temperamentos, de la capacidad de trabajo), era importantísimo para la supervivencia de la pareja.

En fin, la virginidad puede ser un buen tema para escribir una columna, pero, sin lugar a dudas, no es un asunto para discutir al iniciar una relación amorosa. En esos casos (como los sheriffs del viejo oeste) es mejor disparar primero y después hacer las preguntas.

Castidad vigilada

Sin duda, la castidad nunca ha sido un atributo propio de la juventud.

Una prueba contundente de ello, es la aparición del Cinturón de Castidad. Un método que, dando por sentado lo irresistible del impulso sexual, en vez de tratar de encauzarlo, pretendía reprimirlo de la manera más bárbara.

En el libro *A Medical Treatise* (1848), el doctor John Moodie, hacía una explicación de las bondades de un Cinturón producto de su moralísimo ingenio.

Además de impedir el coito, «va destinado —decía— sobre todo a evitar que las mujeres jóvenes y las solteras utilicen cuerpos artificiales en la vagina para obtener sensaciones lascivas, licenciosas y placenteras que son causadas por la fricción y la presión efectuada en los costados de este canal nervioso o paso altamente sensible».

Este preocupado doctor, pensaba que las niñas debían tener ya un Cinturón al llegar a la edad de siete u ocho años y que «debía de ser usado hasta el matrimonio, o hasta que la joven adquiera un gobierno sobre sus sentimientos y tuviera el valor moral nece-sario para resistir».

Algo difícil de conseguir, sin duda, a juzgar por las medidas de seguridad que se tomaban.

El Cinturón consiste, básicamente «en una rejilla de marfil forrada con cuero o goma, sobre la vulva, destinada a permitir el libre paso de la orina, pero que al mismo tiempo impedía la inserción de cualquier instrumento, incluso la

punta de un dedo».

Se mantenía en su lugar mediante un ancho cinturón o unos tirantes cuyos extremos quedaban asegurados con un candado.

Afortunadamente, ya no hay padres persiguiendo a sus jóvenes hijas con Cinturones de Castidad. Desgraciadamente, tampoco hay muchos siguiéndolas con libros serios sobre la sexualidad o dialogando con ellas sobre estos temas.

Mientras tanto, el impulso sexual sigue allí, fresco y siempre irresistible en cada nueva generación.

Culto fálico

El pene siempre ha sido un objeto de veneración.

Ya lo era durante la edad de bronce, cuando los afanosos etruscos (llegados del Asia Menor a Italia hacia 1200 a. de C.) le tributaban un emocionado culto y lo adoraban públicamente en imágenes tridimensionales e inmensas.

Allí, en desenfrenadas y bulliciosas orgías, todos los habitantes de los poblados etruscos se entregaban al acto sexual con la pareja que tuvieran a la mano, pues entre ellos las mujeres pertenecían a todos los hombres en edad de procrear (es decir con un pene en capacidad de erectarse).

Los tiempos han cambiado; sin embargo, la llegada de la civilización no logró quitarnos esa fijación por el pene. La mantenemos.

Su tamaño, por ejemplo, ha sido motivo de orgullo para personajes tan notables como el famoso pintor francés Henri de Toulouse-Lautrec, quien a pesar de medir sólo un metro cincuenta y tres (a causa de dos caídas en su adolescencia en las cuales quebró los dos fémures), tenía unos órganos sexuales insólitamente bien desarrollados.

Sus genitales resultaban tan desproporcionados con el resto de su cuerpo, que él mismo se describía como «una cafetera con un gran pico».

También el cómico Charles Chaplin, citado ya otras veces en este libro, estaba orgulloso de la fama de la que gozaba en Hollywood a causa del exagerado

tamaño de su pene, y ese rumor era uno de los argumentos que usaba para sus seducciones.

El aprecio por este órgano llegó ser tan poderoso en el pintor mexicano Diego Rivera (1886-1957), que al ser informado que padecía cáncer al miembro, se negó a permitir una amputación, aunque ello mejoraba sus posibilidades de supervivencia.

Por supuesto, investigaciones recientes han demostrado que el tamaño del pene no tiene ninguna importancia durante el acto sexual.

«Un pene totalmente erecto, sea cual sea su tamaño, es perfectamente adecuado para un coito satisfactorio, puesto que con la excitación sexual, la vagina se contrae alrededor del pene», según sostiene el doctor Peter Dally, psiquiatra consultor del Westminster Hospital del Londres.

Bien, ya lo sabe, la veneración por el pene no ha muerto. En el fondo de nuestro subconsciente el pene sigue siendo un Dios que exige, cotidianamente, su cuota de tibieza y humedad.

Recuérdelo la próxima vez que tenga que tratar con uno. ¡Ah!, saltéese la parte de las reverencias y el incienso…y ponga manos a la obra.

El centro del universo

La vagina es, sin duda, el centro del universo.

Lo es porque transitamos por ella —asustados y sollozando— en el momento en que nacemos y porque retornamos a ella —nuevamente asustados y sollozando— al alcanzar la edad del deseo.

(En el fondo, la sepultura no es más que la cálida vagina de la madre-tierra que nos recibe al morir).

Sin embargo, difícilmente la oiremos mencionar en una conversación, nunca nos explican cómo es y cuál es la manera apropiada de tratarla y señalarla en público —como uno hace con un barrito en el rostro o hasta con un diente— sería impensable.

¿Por qué será? Lo ignoro.

A pesar de esto, cuando uno hace el amor, siente el imperioso y humano deseo de brindar ternura y placer incluso a este delicado órgano, tratado con tanta indiferencia en público, pero cuando lo intenta se choca con su esplendorosa y sólida ignorancia cerrándole el paso.

He aquí un par de datos interesantes para evitar eso.

Anteriormente se sostenía que había dos clases de orgasmo femenino, el vaginal y el clitorídeo, pero los experimentos en el laboratorio de Master y Johnson demostraron sólo había uno, aquel que surge de la estimulación del clítoris.

Claro, en otra investigación, la de Fisher, mujeres

casadas comunicaron dos tipos muy diferentes de experiencia sexual, una que partía de la estimulación del clítoris y otra de la estimulación de la vagina.

Estas mujeres decían que la primera producía «éxtasis, cosquilleos, electricidad y pinchazos» y la segunda «profundidad, pulsaciones, suavidad, relajamiento».

Sin duda, esto depende de cada persona, pero es bueno saber que hay posiciones que permiten la estimulación conjunta del clítoris y la vagina, por ejemplo, aquella donde la mujer se sienta sobre el hombre —que está echado boca arriba— y es ella la que se mueve.

Inténtelo con su pareja. Tiene usted un largo fin de semana por delante.

Y que el placer sea con vosotros.

Lecho celestial

La cama siempre ha sido el lugar predilecto de los placeres.

Por supuesto, cuando se trata de sensualidad, no sólo la cama sirve; sin embargo, a ella nos remitimos cuando hablamos de hacer el amor. De allí el sonoro término «encamarse».

Por eso, quizá, siempre ha existido el deseo de hacer de la cama el hogar de las exquisiteces.

Comenzó con los griegos. Se contaba, por ejemplo, la historia de un habitante de Síbaris, un pueblito —célebre por su inclinación a la buena vida— ubicado en el empeine de esa bota que hoy llamamos Italia, que dormía en una cama cubierta de pétalos de rosas.

Según la leyenda, este plácido hombre —como que consumado sibarita que era— una mañana se quejó a sus amigos de no haber podido dormir bien; la causa: uno de los pétalos de rosa estaba arrugado.

En 1771, un extravagante charlatán ingles, llamado James Graham, atrajo la atención de todo el país cuando fundó un establecimiento en Londres con un lecho para el uso de parejas sin hijos para curar la impotencia.

En palabras de su creador, «la cama poseía influencias mágicas que ahora son famosas de polo a polo y del sol naciente al poniente».

Estaba «apoyada por 40 columnas de exquisito trabajo en colores ricos y variados», mientras una bóveda por encima de la cabeza contenía

«sortilegios aromáticos, olores y esencias que constituyen la gran reserva de las influencias revitalizadoras y vigorizantes que son exhaladas por el aliento de la música y por la fuerza embriagadora del poder eléctrico».

El colchón, aunque no era de plumas, estaba relleno con «oloroso y nuevo trigo o paja combinado con hojas de rosa espliego y especies orientales».

Las sábanas estaban perfumadas «a la manera oriental con rosas Tudor y con ricas gomas o bálsamos».

Sin duda, una cama como para no quedarse dormido ni un solo instante.

A propósito quizá ya es hora de ir haciéndole algunos cambios a su humilde camita, ¿no?

Los pies y su encanto

«Del puente a la alameda menudo pie la lleva… por la vereda que se estremece al ritmo de sus caderas», dice una de las canciones más populares de Chabuca Granda.

El párrafo es revelador, y nos remite a uno de los temas que más dolores ha hecho pasar a las mujeres en otros tiempos: el tamaño de los pies.

¿Cree que el tema de los pies femeninos no tiene importancia? Pruebe usted a preguntarse si compartiría su lecho con una mujer que tuviese los pies como un delantero del Alianza Lima. ¿Ya ve que sí le importa?

Aunque parezca increíble, los pies femeninos siempre han sido un punto de interés para los hombres. ¿La razón? La ignoramos dado que, a nuestro particular modo de ver, las mujeres tienen varias zonas de mayor atractivo.

Sin embargo, el tema ha dado mucho que hablar y para ilustrarnos al respecto, baste mencionar el zapatito de cristal de la Cenicienta, que nadie podía calzar porque era muy pequeño (pie minúsculo de la pobre) y que el desgraciado príncipe adoró como un tesoro cuando ella desapareció.

En otras partes, como la China, los pies femeninos llegaron a tener tal importancia, que su tamaño podría ser causal para anular un compromiso de matrimonio.

Un chino de clase superior, pedía que su futura esposa tuviera los pies lo más cortos posibles.

Los pies extralargos de una china no podían pasar de los nueve centímetros, bajo el riesgo de quedarse soltera hasta el fin de sus días.

El tamaño se obtenía vendándole los pies desde que la niña cumplía los 5 años de edad, con tiras de algodón que un día se apretaban un poco y al día siguiente un poco más y siempre un poco más, hasta que los huesos se rompían y los dedos se podían doblar para abajo, posición en la que el hueso se soldaba.

Sólo las campesinas y las criadas tenían los pies grandes, lo cual prueba que éste, además, era un asunto de jerarquía social y status.

Con la revolución de Mao en China, esta costumbre quedó oficialmente abolida, sin embargo es muy posible que aún se practique en las provincias más alejadas de ese inmenso país.

También en el Perú, durante el siglo pasado, tener los pies pequeños fue un asunto de vida o muerte para las mujeres; zapatos fuertemente ajustados que usaban desde niñas (y que era los que producía una dolorosa deformación en los pies llamada popularmente juanetes), fue lo que permitió a Chabuca Granda graficar a la mujer limeña que caminaba del puente a la alameda con menudo pie.

Francamente, toda esta despiadada lucha contra el tamaño del pie era un inútil desperdicio de esfuerzo. Sobre todo porque el pie es una zona muy sensible y lo que tenemos que hacer con él es acariciarlo delicadamente… hasta que su propietaria desmaye de placer.

Amor sin palabras

El sexo oral es algo que en la actualidad forma parte, más o menos cotidiana, de la actividad erótica de muchas parejas.

Pero no es una práctica reciente. Se han encontrado imágenes de gente realizando fellatio (el sexo oral al hombre) o cunnilingus (a la mujer) en pergaminos chinos que datan del año 200 a. de C.; también en figuras escultóricas aparecidas en los primeros templos de la India y hasta en huacos peruanos prehispánicos.

A pesar de su antigüedad, a principio de los 60 el sexo oral «era ilegal en la mayoría de los estados norteamericanos, incluso practicado en la intimidad por parejas casadas»[1].

En Connectitud, por ejemplo, alguien acusado de practicar sexo oral podía ser condenado a 30 años de cárcel. En Ohio a 20 años. En Georgia a prisión perpetua y trabajo forzados.

En nuestro país, por fortuna, no existen leyes semejantes.

Curiosamente, en el Kamasutra (un libro religioso hindú que trata sobre el placer físico) se habla escasamente del cunnilingus y abundantemente sobre el fellatio (cosas del eterno machismo).

El texto, explica el modo correcto de practicar el fellatio: «Manteniendo el lingam (palabra con la que se denomina al pene) con su mano —comienza a explicar el texto— y colocándolo entre sus labios lo roza con su boca».

Más adelante, agrega: «después de haberlo besado lo acaricia por todas partes con su lengua

especialmente en la extremidad… del mismo modo, introduce la mitad en su boca, lo besa y chupa con fuerza».

«Finalmente, introduce el lingam enteramente en su boca y lo comprime hasta la raíz».

Por supuesto, todas estas cosas deben hacerse con la mayor delicadeza.

Vatsyayana —el compilador del Kamasutra— dice sobre este tema algo con lo que nos identificamos plenamente: «en materia de amor, cada cual puede hacer lo que le parezca de acuerdo con las costumbres de cada país y con sus inclinaciones».

Sin duda, en esto del sexo oral….las palabras sobran.

[1] *La mujer de tu prójimo*. Gay Talese. 1980.

Poder dormido

He descubierto que existe una conspiración contra el cunnilingus.

En diferentes publicaciones he podido encontrar explicaciones clarísimas de cómo se debe realizar un buen fellatio, fotos, dibujos y hasta el testimonio de agradecidos usuarios masculinos, pero por ningún lado nada del cunnilingus.

Es más, últimamente, el publicitado libro de Jaime Bayly trata el tema del fellatio con bastante detalle, pero hasta hoy tampoco he leído, en los extractos que han aparecido, nada acerca de cunnilingus.

Una explicación a tan notable omisión puede ser la que ofrece Gay Talese en su libro *La mujer de tu prójimo*: «»Ningún matón machista y callejero… había admitido jamás que se permitía hacerlo. No era de hombres, aparte de que no era limpio. Además ponía al hombre en una actitud de sometimiento a la mujer».

Obviamente, se trata de una cuestión de simple machismo.

Sin embargo, igual que el fellatio, el cunnilingus es una variante sexual bastante común en nuestros tiempos.

Allí tenemos el caso de Alvin Goldstein, el co-fundador –en 1968- del primer periódico semanal de sexo de Estados Unidos (el «Screw»), que era un entusiasta ejercitador de sus habilidades orales.

Goldstein se inició en este difícil arte con su primera enamorada.

«Cuando tenía la cabeza entre las piernas de ella —refiere Talese— y su lengua le acariciaba el clítoris y los labios de la vagina y tenía las manos firmemente prendidas de su nalgas, moviéndola a su voluntad, sentía más poder sobre ella que en cualquier otra circunstancia».

También Henry Miller, en sus libros —prohibidos por largo tiempo— *Trópico de cáncer* y *Trópico de capricornio*, narra con bastante detalle cómo se realiza un buen cunnilingus.

En resumen, se trata de dar la misma dedicación y delicadeza que se espera recibir. Y de utilizar, en toda su potencia, el poder dormido que todos tenemos en la punta de la lengua.

El perfume del amor

«El olor del semen vuelve locas a las mujeres».

La afirmación venía de alguien cuyos métodos científicos están bastante cuestionados, Mario Poggi, así que decidí, antes de lanzarla en esta respetable columna, tratar de confirmar su veracidad.

Y buscando, buscando, encontré que Eric Maple, sostiene en su libro *La magia del perfume* (publicado en Inglaterra en 1973) que «es un hecho científico que los perfumes más activos son siempre aquellos que más se aproximan a los olores de la secreción sexual».

En más, aparentemente, los perfumes antiguos de mayor éxito y de mejores efectos afrodisíacos eran aquellos que se extraían de animales.

Era el caso del «Almizcle», que en forma natural se obtenía de una glándula del ciervo almizclero que habitaba en las áreas montañosas de la China, la India y el Tibet.

Otro perfume famoso era la «Algalia», que se sacaba de una glándula de la civeta y el «Ambar gris», que provenía de una secreción del esperma de ballena.

Sin duda, sean o no seminales, los perfumes han embriagado siempre a las personas. Los usó la reina Cleopatra para seducir al romano Marco Antonio que llegaba a sojuzgar al pueblo egipcio.

Según el historiador Plutarco, en aquel primer encuentro entre ambos personajes, las velas del barco de Cleopatra estaban tan perfumadas que:

«Los vientos se hallaban enfermos de amor (cuando) desde la barca un perfume extraño e invisible golpeó los sentidos de los muelles adyacentes».

Ya se sabe cómo terminó esa historia: Marco Antonio se enamoró de Cleopatra y terminó defendiendo con ella Egipto.

He consultado otros libros tratando de encontrar algo más sobre este supuesto poder afrodisíaco del aroma seminal. Nada he hallado.

De todas formas, no pierde nada siguiendo el consejo de Poggi: «Échate unas gotitas de semen bajo cada oreja y la chica se alocará por ti».

Si ya lo intentó todo… lo peor que le puede pasar es que la mujer de sus sueños le diga, frunciendo la nariz: «¿Te has bañado?»

Duchas doradas

Es posible que usted haya tenido alguna vez una fantasía sexual que lo ha asustado por lo audaz o por lo extraña y que, por esta causa se haya sentido, de pronto, un pervertido.

No debería preocuparse tanto, es probable que existan miles de prácticas sexuales que superen largamente la que a usted le ha parecido la más retorcida.

Uno de esos extraños casos es el llamado «urolagnia», es decir, el placer sexual obtenido al ver orinar a una mujer.

Henry Havelock Ellis, un contemporáneo –menos famoso- de Freud, que escribió un libro (*Studies in the Psychology of sex*) que lo convirtió en figura central del pensamiento sexual moderno, no sólo era partidario de la urolagnia sino que la elogiaba públicamente.

«Generalmente —señala el doctor J.G Weir, psiquiatra consultor del St. Mary's Hospital de Londres— la mujer orina de pie sobre su marido cuando toman un baño juntos»

«La mujer goza con ello, aunque sólo sea como declaración de su libertad a partir de las restricciones de la sociedad, y de retorno a una libertad infantil, y el hombre también», continúa Weir.

Según este médico, «las duchas doradas» o «deportes acuáticos» (como suele llamarse a estos juegos) son totalmente inofensivos, porque la orina es estéril.

Sin embargo, cuando esto se convierte en el único

modo de alcanzar el placer sexual (que era lo que le pasaba al pobre Havellock) el asunto se torna problemático y es necesario recurrir a un especialista. Afortunadamente, esto suele ocurrir en casos muy excepcionales.

¿Ya ve cómo no era usted un pervertido?

Letras de fuego

«Hay un mundo ordinario, del que no hay que ocuparse, y otro extraordinario, del cual debemos hablar»

Oscar Wilde

¿Ha tenido usted alguna vez un pensamiento terriblemente lujurioso?

¿Algunas ideas le han producido tal ansiedad que realmente se ha sentido un maniático o una maniática sexual?

Pues escríbalas. A las personas les encanta que sus amantes (cónyuges, enamorados(as), parejas, etc.) sientan un deseo desenfrenado por ellas y lo plasmen en un papel.

Es un delicioso afrodisíaco personal, cuyo efecto perdura aun cuando usted no está y que han practicado muchos grandes escritores.

James Joyce, por ejemplo, el autor de *Ulises*, sostuvo una sustanciosa correspondencia de este tipo con su esposa Nora.

Cito una de sus cartas:

«La cosilla más pequeña me produce una gran erección. Un movimiento como de puta de tu boca, una pequeña mancha parda en tus bragas blancas… sentir tus labios calientes y lujuriosos chupándome, follar entre tus dos globos rosados, correrme en tu cara y desparramar mi leche sobre tus ojos y mejillas calientes, meterla entre las mejillas de tu culo y follarte».

¡Guau! Como que quita el aliento ¿no? Como ya lo dijo H. L. Mencken hace algún tiempo: «**Los grandes artistas del mundo** jamás son puritanos,

y muchas veces ni siquiera respetables desde el punto de vista normal».

¡Vamos, no sea modesto! Desde algún punto de vista, usted es **un gran artista del mundo.** De otra manera no leería el VSD y mucho menos esta columna.

Técnicas de seducción

¿Quién no se ha cruzado alguna vez con uno de esos varoniles muchachos, que quieren atraer la atención de la mujer que les gusta con la airosa brutalidad del «¡mamacita, que buenas… piernas tienes!»?

Como técnica de seducción, lo más seguro es que ese esforzado pescador no capture nada, excepto uno que otro bagre (que mejor hubiera sido dejar pasar nomás).

Igual que esa, hay otras muchas técnicas de seducción populares.

Está desde el que lleva a la chica al cine y allí le estruja la manito con pasión —justo durante una escena amorosa— hasta aquella que la invita a comer y a bailar y luego quiere cobrarle la cuenta en especies.

En fin, no somos nadie para juzgar las técnicas ajenas. Lo que sí podemos hacer, es ofrecerles las experiencias de un par de hombres que —aparentemente al menos— entendían del asunto.

El primero es James Dean (el muchachito sex-simbol de los 50) y su técnica preferida de seducción —que según sus propias afirmaciones jamás fallaba— consistía en acurrucarse, apoyando la cabeza en el regazo de una mujer para que ella le acariciara.

«Todas la mujeres te quieren mimar —decía James—. Si les das una oportunidad, alcanzas tu objetivo en un abrir y cerrar de ojos».

El segundo es Gary Cooper (actor ganador de

dos oscares). Su técnica de seducción nos la describe el director de cine Howard Hawks: «Si alguna vez lo veía en compañía de alguna muchacha agraciada, arrastrando los pies, con aire muy tímido y con la mirada baja, me decía: vaya, la serpiente vuelve a atacar. Su actitud de muchachito tímido le daba muy buenos resultados».

Una buena amiga me sugiere un par de cosas que también la seducirían: que le regalen una taza con forma de cara de osito o que él prepare —con sus propias manos— una comida para ella solita.

Al parecer, no es la agresividad lo que seduce a las mujeres. Aunque con ellas… nunca se sabe.

Estimulación adicional

Cuenta la historia que un afrodisíaco convirtió a Julia, la enamorada mujer de Tiberio (que luego sería emperador de Roma), en una maniática del sexo.

Tan desaforada llegó a ser su pasión que, despreciada por su marido, organizó escandalosas orgías nocturnas en la plaza del Mercado de la capital romana, razón por la cual fue desterrada a una desolada isla, acompañada de una guardia compuesta exclusivamente de eunucos, para evitar fogosas reincidencias.

Desde entonces —en el sano y comprensible afán de entibiecer algunos espíritus gélidos—, se han popularizado muchísimos afrodisíacos.

Entre nosotros tenemos a la socorrida «yombina», un preparado destinado a estimular a las frígidas e indolentes vacas durante los períodos de apareamiento, que algunos jovenzuelos utilizan como último y desesperado recurso en sus conquistas amatorias.

Por supuesto, la pobre y apasionada Julia no usaba «yombina». Su exótico afrodisíaco era «un destilado de los cuerpos triturados de ciertas moscas verdes procedentes de España».

Otro estimulante reconocido en el pasado era la nuez de coco.

Ibn Batuta, una especie de periodista viajero, que en 1325 estuvo entre los árabes, señalaba que del «coco y el pescado los isleños sacan un vigor corporal incomparable. Yo mismo tuve en aquel país cuatro esposas legítimas, aparte las

concubinas. Todos los días las visitaba, además de pasar toda la noche con la que tocaba de turno».

Hay quienes creen que el alcohol es también un estimulante sexual. Se equivocan. Como bien decía Shakespeare: «Provoca el deseo pero elimina la disponibilidad».

Inicialmente parece despertar el apetito sexual porque reduce las inhibiciones y permite que expresemos lo que en realidad estamos deseando. Pero a la vez disminuye la producción de hormonas sexuales, haciendo declinar lentamente la contundencia para el ataque.

Es innegable que los afrodisíacos pueden ser buenos como parte del juego del amor, sin embargo nosotros, como Errol Flynn, creemos que sólo hay algo que puede estimularlo a uno hasta quitarle el aliento: «aquella mujer especial que te gusta tocar, ver, oler y estrujar».

Contranatura

Se ha dado en llamar «contranatura» a las relaciones sexuales realizadas por vía anal.

En el libro *La sexualidad en el Perú pre-colombino*, el doctor Artidoro Cáceres, incluye las reproducciones de dos huacos —encontrados en la costa norte del Perú—, en los cuales se puede apreciar a parejas en evidente penetración anal.

La pacífica actitud de los amantes parece indicar que no se trataba de ningún acto especialmente doloroso o humillante.

Una cosa muy diferente ocurría en la Roma de los Césares.

Allí, el Emperador Claudio llegó a asesinar a su yerno Pompeyo, porque su hija, Antonia, se quejó ante él de que su esposo «la usaba de la forma más ruin posible».

«Aunque la ley que penaba las ofensas Contranatura habían caído en desuso muchos años antes en Roma, porque ningún jurado parecía dispuesto a condenar a los acusados, legalmente, Pompeyo merecía morir», opino Claudio del caso.

Hoy, muchas personas siguen considerándolas algo malo, especialmente porque el ano es el conducto por el cual transitan las heces.

Sin embargo, según los especialistas, sólo hay una enfermedad que podría producirse a causa de la penetración anal, y se le llama «Síndrome intestinal del Gay». Pero, «….donde el agua es potable y la población no es propensa a padecer las infecciones intestinales, al menos en gran número, el síndrome es relativamente raro»[1].

Hoy, son numerosas las parejas que practican el sexo anal sin ningún tipo de complicaciones. Como en cualquier otra variación sexual, aquí lo que cuenta es el gusto, la pasión y la audacia. Si no posee alguna de estas virtudes… no lo intente.

[1] Según el doctor Brian J. Ford (biólogo y científico investigador, miembro del Court of Gopvernors, University College, Cardiff).

«Malleus Maleficarum»

«Toda la brujería procede de la lujuria carnal», decía un libro religioso publicado en 1486.

Y ya que cada año celebramos el día de las brujas, vamos a probar su cultura ero-brujeril:

¿Sabe usted qué era un «íncubo» o un «súccubo»? No, no son los nombres de algunos platillos exóticos, son demonios; el íncubo tenía sexo con mujeres y el súccubo seducía a los hombres.

Durante 1400, estos diablillos fueron muy populares y quizá por esa causa, el 9 de diciembre de 1484, el Papa Inocencio VIII, emitió una bula, la «Summis desiderantes affectibus» («Deseando con los sentimientos más profundos»), en la cual se decía:

«Últimamente ha llegado hasta nuestros oídos, sin dejar de afligirnos con amarga pena, que… muchas personas de ambos sexos, despreocupadas de su propia salvación y apartándose de la fe católica se han entregado a los diablos íncubi y súccubi» y, acto seguido, nombraba a dos profesores de teología como inquisidores de todas estas perversidades, a quienes se le debía otorgar todas las facilidades para erradicarlas.

Estos dos teólogos (Henry Kraemer y James Sprenger, alemanes) para iniciar su empresa publicaron, en 1486, en libro *Malleus Maleficarun* (*Martillo de brujas*), que llegó a convertirse en el manual de jueces y magistrados en casos de brujerías.

Los autores afirmaban en el libro que los diablos,

y sus patas las brujas, «tienen seis formas de perjudicar a la humanidad (tres de las cuales se referían a temas sexuales). La primera es inducir a un amor pecaminoso en un hombre por una mujer o en una mujer por un hombre. La segunda es provocar odio o celos en cualquiera. La tercera es embrujarla de tal manera que una persona no puede realizar el acto sexual o, de diversas manera, procurar un aborto».

Sin duda, se trataba de una cruzada contra el sexo; de qué otra forma explicar las siguientes aseveraciones del libro:

«Toda brujería procede de la lujuria carnal, que en la mujer es insaciable. Véase Proverbios 30: Hay tres cosas que nunca se ven satisfechas y, ciertamente, una cuarta que nunca dice ¡basta!, es decir, la boca del vientre. Por eso, con el fin de satisfacer sus lujurias copulan incluso con los diablos».

Terribles los teologuillos.

Ya lo sabe, cuidado con ese íncubo que la anda persiguiendo. Aunque no estaría nada mal que todo eso terminara en una buena hoguera, ¿no?

Cuestión previa

Si usted tiene que adquirir algo de gran valor, con el que tendrá que pasar un gran tiempo, encontrará poquísimas personas que le digan que se lo lleve sin probarlo.

Si se trata de un carro, por ejemplo, todos le recomendarán que pruebe los frenos, que revise el motor y que, en fin, se cerciore de que todas y cada una de las piezas correspondan a lo que usted ha soñado.

Sin embargo, si se trata de —algo tan trascendental y permanente como— elegir una pareja para casarse, habrá muchos que le aconsejarán que no la pruebe antes, primero deberá adquirirla para toda la vida y después recién podrá saber si funciona como usted soñó.

(Por supuesto, en este tipo de transacción no se aplica aquello de «su completa satisfacción o la devolución de su dinero…»)

Siempre se dice que «todo tiempo pasado fue mejor» y por lo menos en este caso el refrán es cierto. Antes, usted no tenía que llevarse la mercadería sin probarla. En el Imperio Incaico a esta etapa de prueba se le llamaba «Servinacuy».

Pero el Perú no es el único lugar donde esto se practicó o se practica; actualmente existe lo que se llama **matrimonio tradicional africano**.

Este matrimonio tiene lugar «por etapas», la primera de las cuales es, por supuesto, la convivencia de los futuros cónyuges y,

oficialmente, concluye con el nacimiento del primer hijo.

Este tema se ha puesto de moda porque la Iglesia Católica Africana, desde este 10 de Abril de 1994 discutirá sobre si eso es contrario a la fe.

En una declaración reciente un sacerdote de esa región, Chukwuma James Oyoke, declaró que «este tipo de relaciones no están necesariamente en contra del evangelio», pero precisó a continuación que se refería a aquellas donde la convivencia no incluye relaciones sexuales.

Desgraciadamente, este tipo de experiencia busca que poner a prueba todas las capacidades de los futuros esposos, incluyendo la compatibilidad sexual, como ocurre entre los nómades de Uganda en el continente africano.

Sin duda se trata de probar el producto a fondo. De lo contrario la experiencia no sería completa. Casarse sin haber convivido es como comprarse zapatos sin saber de qué número son.

El matrimonio y el amor

El matrimonio feliz y eterno es uno de los grandes mitos de nuestra sociedad.

Amor para siempre y fidelidad a toda prueba son las características ideales (¿idílicas?) de todo buen esposo y toda buena esposa.

Pero… no todas las culturas tienen o tuvieron esta misma aspiración. Por ejemplo, en China, el amor no tiene nada que ver con el matrimonio, «los padres casan a sus hijos muy jóvenes y el problema del amor no se plantea… se juzga inconveniente toda manifestación de ternura entre marido y mujer».[1]

En la India, según narra el poeta Rabindranath Tagore, «Manu da el nombre de **Gundharva** al casamiento por mutua elección y muestra su desaprobación estigmatizándolo como **'nacido del deseo'.** El camino hacia el matrimonio que es mostrado por la antorcha de la pasión –opinan- no tiene por fin el bienestar de la sociedad, sino la satisfacción del deseo».

Havelock Ellis, cuenta que «los griegos, a excepción de los últimos, no mostraron ningún reconocimiento del amor como elemento del matrimonio. Theognis comparó el matrimonio con la crianza del ganado».

Agrega que «tanto los griegos como los romanos pensaron en la crianza como el hecho reconocible del matrimonio; cualquier otra cosa era mero desenfreno y debería mejor, pensaban, ser buscada fuera del matrimonio».

Entre nosotros en cambio, el amor dentro del matrimonio es casi una obsesión. Y la

consiguiente fidelidad, una meta a la que todos se lanzan esperanzados, pero a la que muy pocos logran llegar.

Sin duda, lo prueba la experiencia –la suya incluida-, amor y matrimonio son conceptos difíciles de mantener unidos. Quizás si aceptáramos eso, nuestras relaciones serían menos angustiosas y nuestra vida más feliz.

[1]*El amor y occidente*, Buenos Aires, 1959, Rou-gemont, D.

La sensualidad del vestido

Recuerdo que cuando era niño, lo más excitante que nos podía ocurrir con una mujer, era verla desnuda. Con la finalidad de alcanzar esa inigualable experiencia fatigamos cerraduras de baño, cortinas mal cerradas y revistas para adultos.

Pero, ¿cómo es más provocativa una mujer? ¿Desnuda o vestida? Al margen de la belleza del cuerpo (que puede definir el resultado en ambos casos), estoy casi seguro que, a través de los siglos, más hombres han sido seducidos por mujeres adecuadamente vestidas, que por estriptiseras profesionales o simples calatas aficionadas.

La capacidad de seducción de las mujeres vestidas fue reconocida por personajes tan notables como el Virrey Márquez de Guadalcázar, que el 4 de diciembre de 1624 emitió la siguiente resolución contra nuestras abuelitas las tapadas limeñas:

«Ninguna mujer de cualquier estado, calidad o condición puede andar ni estar tapada con manto o de otra manera yendo por las calles de esta ciudad, sino que todas deben traer el rostro descubierto para que puedan ser vistas y conocidas. Las que contravengan esta disposición, perderán el manto con el que se tapan, tendrán una multa de sesenta pesos de a ocho reales y diez días de cárcel».

La razón de esta disposición no tiene absolutamente nada que ver con el costo de la tela, sino con la cantidad de alborotos que venían ocasionando las tapadas, con su

coquetísimo vestir. Sólo se les permitió seguir «tapándose» a las prostitutas, con lo cual se le reconocía su calidad de vestimenta adecuada para el ejercicio sexual.

El doctor Carlos Alberto Seguín —nuestro célebre sicoanalista— se preguntaba «si todos los objetos que nos excitan porque se nos ocultan de la vista, no nos hubieran dejado fríos y tranquilos tras una contemplación perpetua». Sin duda, lo desnudo provoca menos curiosidad que lo que está por revelarse.

Esto lo comprobamos en el caso hawaiano. Los hawaianos, antes de ser conocidos por el mundo occidental, caminaban desnudos, se bañaban desnudos y hacían todas sus actividades en pacífica desnudez, sin causar a nadie mayor conmoción hasta que llegaron los misioneros cristianos Laura Judd y Hiram Brigham a convencerlos que todo eso era inmoral y vergonzoso.

Laura inventó un atuendo, de mangas largas y amplio como un camisón de dormir que hasta hoy se usa en ese país, para ocultar el cuerpo de las hawaianas y que además de terminar con su sosegada calatería, aportó un nuevo elemento a la sociedad hawaiana: los voyerista mañosos (toda la pandilla de mi infancia), cuya máxima experiencia era ver a una mujer desnuda.

Este es un buen dato para las mujeres que quieren mantener el encanto en las relaciones íntimas con su pareja: **¡Vístase apenas le sea posible!** Lo que se observa sin ninguna dificultad, termina por causar indiferencia.

Tiburones

He escuchado con frecuencia la frasecita: «Yo llevo mi condón en la billetera, por si acaso». Y me ha producido algo de lástima el tipo de vida sexual que debe llevar esa persona.

Aquello de «siempre cargo 'mi casco', porque cualquier hueco es trinchera», es una de las cosas que más empobrecen la vida erótica (además que daña el preservativo al aplastarlo con el trasero, pudiendo producir roturas en el mismo).

Es cierto, como dice el doctor Alex Conform, en su libro *The joy of sex*, que «tal como necesitamos una dieta alimenticia regular y no demasiado abundante, también un cuerpo verdaderamente sano se beneficiará con una dieta de sexo regular, tal vez diaria».

Pero, esto no quiere decir que tengamos que andar «gastando pólvora en gallinazo» o comer, como los tiburones, todo lo que nos sale al paso. De ninguna manera.

Además, hacer el amor con belleza requiere de cierta planificación (música, vino, luz suave) y de que se haya creado entre la pareja el ambiente de ternura–complicidad-deseo que no se consigue en una conversación de cinco minutos.

Adicionalmente, hay que entender que las mujeres son más propensas a distraerse durante el acto sexual, si no se ha creado el ambiente adecuado.

Según el doctor J. G. Weir, el hombre tiene una mayor concentración durante una jornada amatoria, «las distracciones se ignoran y

conforme se acerca el orgasmo, más se cierra él respecto a su entorno».

Pero las mujeres son distintas. Para ellas el momento apropiado, el lugar apropiado y las cosas más propicias tienen la mayor importancia.

Y esto se ha demostrado en pruebas de laboratorio.

«Póngase un trozo de queso al lado de un par de ratas que están copulando –señala el doctor Weir- y la hembra lo cogerá y lo devorará, en tanto que el macho lo ignorará».

Lo reitero: La forma en que hacemos el amor es una demostración de la sensibilidad que poseemos. Y además, como decía Oscar Wilde, «sólo lo sagrado merecer tocarse»...

Sueños de humedad

Todos hemos tenido alguna vez un sueño erótico.

Uno salvaje, por ejemplo, en el cual nuestra fantasía más acariciada, parece real por un instante.

Freud sostenía que los sueños eran un reflejo de nuestro subconsciente, de aquellas cosas que reprimimos mientras estamos despiertos, para evitarnos, probablemente, la tortura de enfrentarnos con nuestros verdaderos deseos, a veces imposible de alcanzar.

Por supuesto, la teoría de Freud ha sido cuestionada por muchos investigadores modernos —menos poéticos ellos— que piensan que los sueños sólo son el resultado de algunos aburridos procesos químicos que siguen ocurriendo en el cerebro mientras uno duerme.

Sin embargo en tiempos más remotos, estos sueños eran explicados de otras maneras. En la Antigua Mesopotamia, por ejemplo, los sueños eróticos ya estaban interpretados antes de que ocurrieran. He aquí alguna de esas interpretaciones:

«Si un hombre se excita durante el sueño y tiene una perdida seminal, ese hombre padecerá una pérdida económica».

«Si un hombre se excita durante el sueño y despierta durante la noche al tener un orgasmo, este hombre ganará mucho dinero».

«Si durante el sueño un hombre se pasea desnudo con su miembro en erección, este hombre no tendrá problema alguno».

«Si un hombre durante su sueño copula con una animal salvaje, su matrimonio prosperará».

«Si durante el sueño el pene del hombre es largo, no tendrá rivales».

Ya lo sabe, si ha tenido alguno de estos sueños, es posible que aquí encuentre una explicación para el mismo.

La otra posibilidad es escuchar a Freud; en ese caso, tal vez sería mejor prestarle oídos al consejo de Oscar Wilde: «El único medio de desembarazarse de una tentación es cediendo a ella. Si la resistimos, nuestras almas crecerán enfermizas, deseando las cosas que se han prohibido a sí mismas».

Del sexo y el amor

Dicen que el orden de los factores no altera el producto.

Pero, ¿qué ocurre cuando tratamos de aplicar este concepto a las cuestiones de la sensualidad y el amor? ¿También el orden en que aparecen los factores no altera el producto?

Las reflexiones de Paul Gauguin (1848-1903), considerado el mejor pintor post-impresionista de Francia, quien tuvo una intensa y sorprendente vida amorosa y sexual, tal vez nos ayuden a comprender mejor este tema.

Hasta la edad de 35 años, Gauguin, era un próspero agente de bolsa, con una esposa, cinco hijos y diez años de matrimonio, pero repentinamente decidió dejarlo todo y dedicarse a la única cosa que le apasionaba en la vida: pintar.

Su familia lo repudió, así que decidió embarcarse hacia Tahití, donde sus noches y sus días cambiaron por completo.

Para comenzar, disfrutó durante largo tiempo de la costumbre local de recibir cada noche en su choza a una nativa distinta.

Pero, cosas de la naturaleza humana, llegó a cansarse de esto y deseó tener una mujer permanente.

Así que eligió a una nativa adolescente llamada Tehura, por la cual se sintió atraído apenas la vio.

Tras un matrimonio a prueba, que para ellos apenas duró una semana, Tehura accedió a quedarse permanentemente y Paul se sintió feliz

de que así fuera.

La conclusión de su experiencia fue esta frase:

«En Europa, el acto sexual entre los hombre y las mujeres es una consecuencia del amor. En Oceanía el amor es un resultado del acto sexual. ¿Qué es los más correcto?».

Le pasamos —de taquito— la pregunta.

Buscar para conseguir

¿De qué depende que una mujer consiga un orgasmo durante el acto sexual?

¿Por qué el 25% de las mujeres no consiguen uno solo durante su primer año de matrimonio?[1]

Para tratar de responder a estas preguntas, Margaret Mead, publicó en 1939 un libro titulado *Studies of adolescence and sex in primitive societes*, en el cual investigó las actitudes y la conducta sexual de las mujeres en Nueva Guinea y observó que el hecho de que una mujer lograse o no orgasmos dependía, sobre todo, de la sociedad de que proviniera.

Descubrió que la mayoría de mujeres de una tribu tenían orgasmos, pero en otra, la mayoría de ellas no los conseguía.

En la primera tribu las mujeres —igual que los hombres— eran muy sexuadas, sabían lo que era un orgasmo y lo buscaban con la misma libertad que sus compañeros.

Pero para las mujeres «tranquilas» de la otra tribu, el orgasmo era un fenómeno desconocido.

Esto demostró que es la ignorancia sobre la naturaleza del orgasmo y cómo se consigue lo que hace que muchas mujeres no lo experimenten jamás.

El orgasmo es el momento cumbre del acto sexual. «Parece implicar todo el cuerpo de la mujer con sensación de flotación y vuelo, una sensación expandida, distendida y distorsionada, borrosa toda distinción entre las partes del cuerpo y

perdido el control», según el doctor J. G. Weir.

En *Childern and parents*, Judith Kestenberg lo describe como «ondas gradualmente ascendentes y descendentes de profunda tensión en la vagina que se funden con espasmos y sensaciones de todo el cuerpo y terminan con una aminoración de la conciencia».

Por supuesto, algo tan precioso se consigue sólo con un delicado trabajo de reconocimiento y exploración del ritmo y las caricias que la mujer amada necesita para elevarse a tales alturas.

Es que hacer el amor es un acto por el cual ambos miembros de la pareja se entregan a la… adoración del otro, a la búsqueda de su placer, a la materialización de sus sueños y en ese reino el orgasmo es un regalo más… aunque no el único.

[1] Informe Kinsey. «Conducta sexual de la Mujer».

¿Infieles por naturaleza?

Aun cuando ame profundamente, el hombre puede ser infiel.

Suena extraño, pero es así.

«La infidelidad está profundamente arraigada en la psiquis del hombre y es más fuerte que ellos», asegura la psicóloga israelí Nitsa Abarbanel en un libro que acaba de publicar.

Y su razonamiento resulta lógico si uno parte del hecho de que la sociedad ha introducido dentro del cerebro de los hombres dos conceptos totalmente opuestos de mujer y de amor.

«Una es la mujer fiel, moral, responsable del hogar y los hijos, que representa la seguridad y la continuidad, y a ésta le reserva el amor puro».

«La otra es la mujer erótica, deseada, inteligente y astuta, que representa la aventura y la inseguridad, en la que el hombre busca el amor sensual y la sexualidad», según explica la psicología.

Y esto nos viene desde tiempos inmemoriales.

Según una leyenda judía, por ejemplo, que se remonta al siglo I de la era cristiana, después de crear a Adán, Dios creo a Lilit de la tierra, como había hecho en el caso del primer hombre.

Pero enseguida comenzaron a pelearse: Adán le dijo a Lilit que ella debía yacer debajo de él, y la mujer que debía ser al revés «porque somos iguales dado que ambos hemos sido creados de la tierra»

Al negarse Adán, Lilit se enfadó y pronunció

el nombre de Dios con todas sus letras (algo prohibido entre los judíos), tras lo cual levantó vuelo y terminó por hundirse en el mar Rojo.

Luego, Dios creo a Eva de una de las costillas de Adán, «porque ésta es una de las partes menos importantes del hombre, lo que explica que Eva sea sumisa e insignificante en comparación con Lilit».

Los hombres deseamos ambos tipos de mujer y quizá la única solución sea fundir en una sola estas dos imágenes femeninas.

Únicamente una mujer maternal y tierna y a la vez erótica e inteligente puede exigir fidelidad sin estar pidiendo algo absurdo.

¿Pero existe esa mujer?

Evitando problemas…

Sorprende saber que han existido hombres que pudiendo acostarse prácticamente con cualquier mujer, prefirieron hacerlo con prostitutas.

Es el caso del emperador romano Claudio, quien, a pesar de lo encumbrado de su cargo —y estando casado con una horrible mujer—, vivió una pacífica vida sexual con una prostituta que habitaba de forma permanente en su casa. Se llamaba Acte.

Quince años estuvo a su lado. «Era una prostituta profesional y una mujer muy honrada. Nunca tuve problemas con ella», llegó a decir Claudio. Cuando ella se fue la sucedió otra prostituta llama Calpurnia.

Antes de Claudio, ya algunos célebres hombres griegos habían competido por las atenciones de una prostituta llamada Lais.

A ella, Mirón —autor de la famosa escultura El Discóbolo— le ofreció toda su fortuna a cambio de sus favores, y el orador Demóstenes, 10 mil dracmas por una noche.

Ella los rechazó

Mejor suerte tuvo Diógenes, el empobrecido filósofo buscador de un hombre honrado —aquel que según se dice vivía en un tonel—, Lais se le entregó a cambio de nada.

En tiempos más recientes el pintor holandés Van Gogh, vivió con una prostituta durante más de un año y Henri de Toulouse Lautrec, el famoso pintor francés, llegó a vivir de forma casi

permanente en un burdel y a compartir su vida con las mujeres que trabajan allí.

¿Cuál puede ser la causa de esta inclinación por las prostitutas?

El actor de cine Clark Gable, ganador de un Oscar, que también prefería acostarse con prostitutas de lujo, a pesar de que podía tener, prácticamente, a cualquier mujer, contestó la pregunta:

Me acuesto con ellas «porque puedo pagarles para que se vayan. Las otras se quedan allí, quieren un gran idilio y unas relaciones amorosas de cine. Yo no quiero ser el mayor amante del mundo».

Entonces es cierto lo que decía García Márquez (en *El amor en tiempos de cólera*): siempre andamos buscando «algo que sea como el amor, pero sin los problemas del amor».

¿Lo hallaremos?

Cátedra magistral

En 1660, la cortesana más famosa de París, Anne de Lenclos, más conocida como Ninon, abrió una «Escuela de Galantería».

En ese momento, Ninon era prácticamente una leyenda.

«Habéis sido amada por los hombres más honorables del mundo y habéis amado lo suficiente como para haber saboreado todos los placeres…», le dijo —en algún momento de su vida— su amigo Saint-Evremond.

Los más grandes y famosos llegaban a su casa, entre ellos Moliere y Voltaire (que entonces sólo tenía 13 años).

Y según todos los que la conocían, era la primera autoridad en materia de amor en toda Francia. Por eso su escuela tuvo mucho éxito.

Los temas tratados por Ninon incluían «el cuidado y el manejo de la esposa o la amante, la forma correcta de iniciar un galanteo y una seducción, las maneras aceptables de dar por terminada una relación y la fisiología y la habilidad del acto sexual».

Nadie tomó notas de las lecciones de Ninon, así que es poco lo que nos ha llegado de su abundante sabiduría. Sin embargo aún se recuerdan algunos de sus consejos:

«Está muy bien guardar la comida para el otro día, pero el placer hay que tomarlo según viene».

«Háblale constantemente a la mujer de ella misma y raras veces de ti. Ten por seguro que

a ella le interesa cien veces más los encantos de su propia persona que toda la gama de tus emociones».

«Recuerda que hay momentos en que las mujeres prefieren ser tratadas con un poco de rudeza más que con exceso de consideración».

«Los hombres suelen experimentar la derrota más por su falta de habilidad que por la virtud de una mujer».

«Si cesas tú primero de querer, concédele a la mujer la ventaja de que sea ella, quien rompa y parezca cruel…. Una mujer que ya está harta de un hombre, lo abandonará por cualquier cosa excepto por (o para que se lo lleve) otra mujer».

Ninon murió hace más de dos siglos —a la edad de 85 años—, sin embargo sus consejos aún sorprenden.

Entre otras cosas, porque, aunque ahora se brindan amplios y especializados cursos sobre: la utilidad de la caca de vaca como fertilizante o sobre como limpiarle el potito a los bebes, aún no existe un pequeño cursito sobre el amor y sus complicaciones.

CAPÍTULO III

Más vale prevenir que abor… perdón, lamentar

«Los individuos desean, ante todo,
el placer sexual.
Independientemente de la procreación».

Wilhelm Reich

Abstenerse, ¿la única alternativa?

El aborto es un tema antiguo.

Ya en la Roma de los Césares, los médicos griegos –los mejores por aquellas épocas– «sabían librar a cualquier mujer de cualquier hijo no querido en dos o tres días, y nadie quedaba en peor situación ni se enteraba de nada».[1]

Por supuesto, el aborto es un tema que requiere una profundización que no se puede lograr en tan poco espacio.

Sin embargo, queremos hacer notar un par de cosas al respecto. La primera es que no se puede prohibir todo y cerrar todas las puertas a las personas.

Es decir, no se puede estar en contra del aborto y también de los métodos anticonceptivos de mayor efectividad (proponer actualmente el método del ritmo es como invitarnos a ir a New York montados en burro, en la época de jet). Es absurdo.

Precisamente, es el desconocimiento sobre los métodos de planificación familiar lo que produce que mucha gente elija esa otra opción que es el aborto.

Hay, claro, otra alternativa: exigir a todos que se abstengan de tener las relaciones sexuales, hasta que quieran tener un hijo.

¿Qué le parece la idea?

Desafortunadamente, siendo esta una columna dedicada al disfrute del amor y del placer físico, esa propuesta está reñida con nuestros más sagrados y razonables principios.

Siempre estaremos en conflicto con actitudes que nos podrían conducir a apoyar cosas como uno de los primeros actos de gobierno de Hitler: prohibir la guía sexual *Matrimonio ideal*, porque recomendaba el goce a las parejas y explicaba los métodos de planificación familiar.

Afortunadamente, la ternura y el placer —que son indisolubles—, nunca podrán ser abolidos por decreto. Gracias a Dios.

[1] «Yo Claudio Robert Graves»

La píldora

¡Bravo! Decidió hacer el amor. Y como persona responsable que es, y además porque desea disfrutar plenamente de sus nuevas experiencias, está buscando un anticonceptivo eficaz. Felicitaciones.

He aquí un método que según todas las investigaciones es uno de lo más seguros: la píldora.

La píldora se utiliza desde 1960, cuando la Food and Drung Administration de Estados Unidos autorizó su venta al público.

Durante estos 35 años ha demostrado un nivel de protección anticonceptiva, que se aproxima al cien por ciento, y la gran variedad de marcas en el mercado ha eliminado casi por completo los efectos secundarios.

Lo que hace la píldora en el organismo es sustituir «a dos hormonas naturales: los estrógenos y la progesterona. Aunque continúa el ciclo normal, la producción de hormonas por el ovario se reduce a un mínimo y, al mismo tiempo, no se produce el desarrollo mensual del folículo que contiene el óvulo»[1]. Al no haber el óvulo maduro no puede haber fecundación y no hay embarazo.

La píldora debe tomarse diariamente —durante 21 días— de preferencia a la misma hora. Si por casualidad la usuaria olvida tomar un día la píldora y el retraso es superior a doce horas, podría haber embarazo. En esos casos lo aconsejable es seguir tomando las pastillas,

pero adoptar precauciones adicionales. Use preservativos por ejemplo.

Existen otros dos métodos anticonceptivos con el mismo principio hormonal de la píldora: los inyectables y los implantes.

La ventaja de los inyectables es que se aplican una sola vez y protegen durante uno o varios meses. Los implantes, el Norplant, por ejemplo (unos tubitos o cápsulas muy finas que se introducen debajo de la piel del brazo) tienen un efecto más prolongado aún: protegen durante cinco años.

Como ya sabemos, no es bueno automedicarse. Lo mejor es que usted acuda a un ginecólogo si esta interesada en un método anticonceptivo. Si desea puede visitar el centro de atención INPPARES (Gregorio Escobedo 115-145, Jesús María) donde un médico especialista en este tema la atenderá por una módica suma.

Y bien, ¿qué esta esperando? Le repito la arenga de un general a sus soldados en la batalla de Ayacucho: «¡Adelante, y paso de vencedores!».

[1]Dr. Jane Kilvington, miembro del Instituto de Medicina Psicosexual de Londres.

Desmemoria protegida

Podría ser usted de esas personas que lo olvidan todo. Desmemoriadas y —a veces— felices… inocentes, pero odiadas por todos los que recuerdan normalmente los cumpleaños, los aniversario o simplemente que día es.

Si es su caso (o es usted una simple olvidadiza de pacotilla), este método anticonceptivo es el que se adapta a su personalidad y deberá hacerlo a su cuerpo.

Se llama dispositivo intrauterino (sus siglas son DIU) y se trata de un anticonceptivo hecho generalmente de un tipo especial de plástico (polietileno o propileno radiopaco), que se coloca dentro del útero de la mujer.

Su capacidad protectora también es bastante alta. «Actúan interfiriendo la implantación del óvulo fecundado en la pared del útero[1]. Pero a pesar de eso, a veces los embarazos ocurren por lo cual es mejor utilizar un método de refuerzo durante los días fértiles (condón, óvulos, etc.), lo cual el riesgo de embarazo es casi nulo.

Es mejor para la mujer que ya ha tenido hijos. Quienes no se encuentran en este caso pueden considerar incómodo el dispositivo y experimentar una regla más dolorosa; por esta razón los médicos no recomiendan el uso de DIU a las mujeres sin hijos.

El DIU lo coloca en médico en cuestión de pocos minutos. De preferencia debe instalarse durante el periodo menstrual o poco después del mismo. Cuando DIU ya está en su lugar, un hilo sujeto al dispositivo cuelga por el canal cervical, para que la

mujer pueda tocarlo y verificar su presencia.

Puede aparecer una incomodidad y una leve hemorragia en los 28 días siguientes a ser colocados. A veces será necesario tomar analgésicos para superar el dolor, pero casi siempre las molestias desaparecen antes de un mes.

Actualmente ya existe un DIU que libera progestágenos (una hormona); con ellos no sólo apenas habrá riesgos de embarazos no deseados, sino que se reducirán al mínimo los problemas de la menstruación y la probabilidad de un embarazo ectópico (en el que el óvulo fecundado se queda en la delgada trompa de Falopio y debe ser extirpado antes que la rompa).

El DIU permanece sin cambiarse por un lapso de tres a cinco años, dependiendo de su tipo, y sólo requiere una revisión médica anual.

Bueno, querida desmemoriada, basta de sufrir –poniendo relojes despertadores a horas insólitas o colocando avisos en todas partes- para recordar que debe tomar la píldora. Colóquese un DIU y ¡a disfrutar se ha dicho!

[1] Dra. Jane Kilvington.

El futuro de los anticonceptivos

El embarazo es uno de los mayores temores de quienes tienen una vida sexual activa y no desean tener hijos.

Y, aunque no nos parezca —porque la información sobre este tipo de cosas nos llega tarde o nunca—, los científicos del mundo siguen tras el método anticonceptivo cien por ciento eficaz y sin ningún efecto secundario inadecuado.

En Suecia, por ejemplo, los investigadores que estaban buscando un medio de ayudar a las mujeres estériles, descubrieron el análogo LRH. Es una variante de una hormona natural LRH que inhibe la ovulación.

Se utilizaría como spray nasal, y aunque la menstruación se interrumpe durante su utilización ha demostrado ser eficaz en el cien por ciento de los casos. Claro, antes de que se pueda utilizar ampliamente se debe estudiar sus efectos a largo plazo.

Otro sistema nuevo es «el calentador testicular».

La teoría es la siguiente: los testículos del hombre se hallan fuera del cuerpo porque el esperma tiene que almacenarse a una temperatura inferior a la corporal para conservar la fertilidad.

Entonces, el hecho de calentar los testículos unos pocos grados es suficiente para disminuir provisionalmente la fertilidad sin ningún efecto secundario. Los médicos japoneses han inventado incluso un aparato para calentar el escroto.

Aunque el método ha resultado eficaz, los mismos investigadores han señalado que no se espera que sea muy popular.

También se ha demostrado que las ondas de ultrasonido —de frecuencia tan elevada que son imperceptibles por el oído humano— cuando se dirigen sobre los testículos producen una esterilidad temporal, reduciendo el recuento de esperma.

Aunque parece un método perfectamente inofensivo y completamente reversible, es difícil saber si los ultrasonidos podrían ser asequibles para uso generalizado, y en eso andan los científicos.

¿Lo ve? La ciencia sigue trabajando para que usted y su pareja puedan gozar en paz de su amor.

Un problema de salud

¿Es el SIDA el cuco de los 90?

Últimamente, con ocasión del día internacional del SIDA, se nos ha dicho que hay en el Perú más de 40 mil infectados con este mal.

Sin embargo, las estadísticas oficiales sólo registran 1200 casos.

¿De dónde salen los casi 39 mil restantes? De la multiplicación de estos 1200 infectados con las 20 ó 30 personas que cada uno —se supone— puede haber infectado.

1200 casos registrados en los últimos once años (desde 1983) nos habla de una enfermedad, oficialmente, menos mortal que las combis asesinas o que la tuberculosis.

Pero el problema con el SIDA no es que haya muchos o pocos casos, el problema es que mata, porque aún no se ha descubierto una forma de curarlo.

¿Qué hacer entonces para protegerse de este mal?

Hay quien ha sugerido que la única solución es la fidelidad o la castidad, mezclando, innecesariamente, problemas de salud con problemas de moral.

Si el SIDA fuera un problema de moral —de fidelidades traicionadas o pubis transitados— entonces la mayoría de las prostitutas reiteradamente infieles cada día –serían el gremio con más infectados, pero no es así.

Este es un problema de salud y si usted lo ve así,

hay un par de cosas que protegerán la suya.

La primera es usar preservativo cuando no puede verificar que su pareja está sana.

La segunda —y más segura— es que si usted piensa tener relaciones sexuales con una persona, de la misma manera que ambos deberían elegir, comprar y utilizar un método anticonceptivo (para evitar la paternidad irresponsable), también ambos deberían hacerse una prueba de ELISA para detectar el SIDA.

De esta forma, que ella (o él) nos diga con ternura, mientras nos da un beso, ¿hagámonos una prueba de ELISA?, tendrá el mismo emocionante significado que: ¿quieres hacer el amor conmigo? Pero será más seguro.

Es cierto, el SIDA existe, como existen los rayos ultravioleta provenientes del sol (que podrían producirle cáncer a la piel). Pero no por eso vamos a renunciar a la sensualidad o la playa.

Se trata sólo de tomar mayores precauciones antes de despojarnos de la ropa… o después.

Toreando al torero

(¿Y quién diablos es Carlos Chávez Toro?)

Escribe Julio Villanueva Chang
Periodista de *El Comercio*

Lo primero que supe de Chávez Toro fue su nombre de ganado vacuno. Lo segundo fue que no tenía fachada de toro sino de amigo: su sonrisa es un primer abrazo a la distancia; sus anteojos, una consecuencia de una temprana devoción por personajes como Oscar Wilde; su estatura, la herencia de papá y mamá.

Lo tercero que supe es que critica de frente y elogia por la espalda. Por eso no me incomoda que Carlos me haya puesto una pistola en la conciencia: escribe algo sobre mí, me dijo por teléfono.

Eso de tocarle la puerta a un compañero de ruta para pedirle unas palabras es como escribirse una carta de amor por encargo. La vieja costumbre consiste en alabar con emocionante erudición al solicitante para que el lector que desespere por ser su amigo o enemigo. Pero con Carlos Chávez Toro, lo que suele ser una obligación de perfumería se transforma en placer carnal.

Sé que a los 17 dirigió un boletín en Ventanilla que se llamaba *Yaya*. Aprendió a no tener miedo a opinar y el sudor de ser periodista de barrio. Estudió Comunicación Social en la Universidad de San Marcos hasta que se aburrió de los profesores mediocres («No lo son todos pero…

hay tantos») y de las huelgas. No terminar la carrera fue, paradójicamente, su despegue como periodista: a partir de su renuncia sin boleros a ser un profesional de universidad, desfiló por las redacciones de *La República* y *Caretas*, y terminó de reportero en «Esta Noche» de Canal 9.

Después pasaría por Canal 2, Canal 7 y la revista SI. Cuando fue hijo de Umberto Jara («Un excelente periodista») en Panorama, aprendió que no había aprendido nada de periodismo y huyó («antes de salir volando por una ventana») del programa en una noche de garúa. Como en las películas.

Chávez Toro es también autodidacta de la informática, que estudió fervorosamente en esos manuales que se venden por kilos en la Av. Wilson, y por largo tiempo lo han oprimido un par de temas: el suicidio y la Conquista del Perú («No nos derrotaron los españoles; sólo nos dividimos y perdimos por huevones», llegó a esta conclusión tras años de eruditas investigaciones).

La política la mira como a un insecticida («O eres un truhán o eres un mártir. Lo malo es que sólo los primeros sobreviven»).

Fiel a los últimos dictados del Papa, el sexo es para Chávez Toro, fundamentalmente, procreación («Porque hacer el amor es un producto de la sensibilidad humana» aclara).

Si usted quiere ser su amigo, sólo tiene que estar en capacidad de sostener con Carlos una conversación inteligente durante toda la noche. («Mis amigos son a los que veo menos, pero con los que hablo más», confiesa).

Ser su enemigo es más sencillo: únicamente tiene que saber que Chávez Toro le teme al olvido y a las cucarachas.

ÍNDICE

Dedicatoria *8*

Entre el erotismo y la estupidez. Foreplay
(A modo de prólogo), *Armando Robles Godoy*.....10

Una explicación para este libro, *Carlos Chávez Toro* .....
.....*16*

CAPITULO I
Manual para hacer el amor. 10 lecciones básicas.20

Lección uno
Una aclaración importantísima 22
Lección dos
(Por si no se convenció y quiere seguir leyendo este libro)
¿Qué es hacer el amor? 23
Lección tres
¿Con quién se debe hacer el amor? 25
Lección cuatro
¿Dónde hacer el amor? 27
Lección cinco
Primer toque 29
Lección seis
Cuestión de tacto 31
Lección siete
Un poco de fantasía 33
Lección ocho
Un placer oral 35
Lección nueve
La primera vez 37
Lección diez
Persistencia y permanencia 39

CAPÍTULO II
Más, más, más… sobre lo mismo.....44
El placer físico 45

Himen de la discordia 47
Castidad vigilada 49

Culto fálico 51
El centro del universo 53
Lecho celestial 55
Los pies y su encanto 57
Amor sin palabras 59
Poder dormido 61
El perfume del amor 63
Duchas doradas 65
Letras de fuego 67
Técnicas de seducción 69
Estimulación adicional 71
Contranatura 73
«Malleus Maleficarum».....75
Cuestión previa 77
El matrimonio y el amor 79
La sensualidad del vestido 81
Tiburones 83
Sueños de humedad 85
Del sexo y el amor 87
Buscar para conseguir 89
¿Infieles por naturaleza? 91
Evitando problemas… 93
Cátedra magistral 95

CAPÍTULO III
Más vale prevenir que abor… perdón, lamentar 99
Abstenerse, ¿la única alternativa? 100
La píldora 102
Desmemoria protegida 104
El futuro de los anticonceptivos 106
Un problema de salud 108

Toreando al torero
(¿Y quién diablos es Carlos Chávez Toro?),
Julio Villanueva Chang 110

Con mucho tacto,
de Carlos Chávez Toro,
se imprimió en agosto de 2009
en los talleres del Grupo Editorial Arteidea.

“La vida sexual de la humanidad es bastante miserable, debido, en buena parte, a la falta de voluntad o de capacidad de esa misma humanidad, para acceder al nivel noble del erotismo; este libro de Carlos Chávez Toro constituye un excelente manual para iniciar, metódicamente, la búsqueda fascinante de ese jardín de maravillas y placeres.

Es, resumiendo, un recetario breve y completo, documentado sin ser fastidiosamente erudito, excitante y ajeno por completo a la pornografía, alegremente serio y risueñamente profundo, afrodisíaco de la imaginación creativa, antídoto eficaz de la castidad, vacuna contra la virginidad y la continencia, preservativo de la moralina y ardiente defensor de las virtudes del pecado, sin su fastidiosa e inútiles penitencias.”

Armando Robles Godoy